

## **EL MAPA GEOGRÁFICO Y CULTURAL DE LA GENERACION DEL '37. VIAJES Y RETORNOS**

Por María Rosa Lojo

(Escritora – CONICET, UBA, USAL)

La llamada “Generación del ‘37” es la de aquellos intelectuales que, nacidos con la Revolución de Mayo, desean situarse, en principio, más allá de las antinomias de los viejos partidos, unitario y federal. Mal tolerados por Rosas, concluyen mayormente en el exilio y practican desde allí, con diversos matices, una militancia antirrosista. Buena parte de ellos, tanto provincianos como porteños, se hallan radicados en Buenos Aires para la época de su aparición en la escena literaria. En el año '37, en efecto, se publican algunas obras fundamentales de la nueva camada, como las *Rimas* de Esteban Echeverría que incluyen, en tanto pieza fundamental, *La Cautiva*, la *Tesis sobre la naturaleza filosófica del derecho*, de Manuel José Quiroga Rosas, el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, de Juan Bautista Alberdi.

En ese mismo año, también, se abre el Salón Literario de Marcos Sastre, dueño de una librería y promotor de una biblioteca circulante. Es éste el marco hospitalario para las reuniones de la nueva generación, que formará la Asociación de la Joven Generación Argentina, luego llamada la Asociación de Mayo. Asisten allí los ya mencionados Quiroga Rosas y Juan Bautista Alberdi, los hermanos Rodríguez Peña, los hermanos Eguía, los hermanos Domínguez, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Gervasio Antonio Posadas, Pastor Obligado, Rafael J. Corvalán, Santiago Viola, Mariano Sarratea, Juan Thompson, Andrés Somellera, José Mármol, José Pedro Esnaola. En distintos lugares de la Argentina se hacen eco de esta actividad Domingo F. Sarmiento,

Francisco Álvarez, Saturnino Laspiur, entre otros. Y desde Montevideo la siguen con fervor el íntimo amigo de Alberdi, Miguel Cané (padre), el jovencísimo Bartolomé Mitre, el uruguayo Andrés Lamas. Echeverría ejercerá sobre todos un magisterio indiscutido desde la plataforma de una sensibilidad romántica, que aspira a dotar a una nación tan joven como ellos de un pensamiento y una literatura americanos.

La producción literaria de la Generación del 37 se construye desde esta tensión entre exterior e interior, entre los modelos europeos que se consideran a la vanguardia de la creación estética y el conocimiento, y un escenario específicamente nacional (la pampa, el desierto, los “tipos” locales). Los viajes, voluntarios y forzados, reales e imaginarios, marcan a sus miembros. No parece casual, tampoco, que tres de los autores que son objeto de esta exposición, hayan muerto fuera de la Argentina: Sarmiento en Paraguay, Alberdi en Francia, Echeverría en la Banda Oriental.

Entre los cuatro intelectuales cuya obra homenajeamos hoy aquí, Sarmiento es, hasta cierto punto un *outsider*. No ya porque venga de una lejana provincia; también Alberdi es provinciano, nacido en Tucumán pero, como Gutiérrez, alcanza la convalidación del título académico que nunca obtiene, en cambio, mal que le pese, el autodidacta Sarmiento. Su “viaje de iniciación” europeo, por otra parte, es tardío si lo comparamos con la temprana aventura juvenil (mezcla de trabajo, de estudio y de bohemia) que a los veinte años lleva a Europa, y sobre todo, a París, al otro autodidacta del grupo (éste sí, porteño): Esteban Echeverría. Sarmiento mira a la generación de ideólogos de la que forma parte, del otro lado de la cordillera. No conoce las pampas que con singular imaginación literaria describe en el *Facundo*, basándose en lecturas, en testimonios de viajeros y sobre todo en sus lúcidos

presentimientos. Pero pronto saldrá sus deudas, si no con Buenos Aires (tendrá que esperar a la caída de Rosas), sí al menos con otros territorios ya soñados. En 1845, el mismo año de la aparición del *Facundo*, su obra quizás más influyente y recordada, comienzan también sus viajes por Europa, África y los Estados Unidos de América del Norte. El gobierno de Chile, donde se ha destacado como pedagogo y periodista, lo manda en misión oficial de estudios a un Viejo Mundo que debe inspirarlo en la edificación del nuevo.

Este viaje, pues, tiene metas prácticas, vinculadas directamente con la educación, y en el sentido amplio del término, con la política como organización de las sociedades. En otro sentido, menos lato, Sarmiento va también como hombre de partido y como escritor, con su *Facundo* bajo el brazo, dispuesto a darlo y a darse a conocer en espacios consagratorios. Publicará pronto, en 1849, sus impresiones de viaje, seguidas por otro volumen titulado *La educación popular*.

Desde el punto de vista literario, los *Viajes* son sin duda la obra de un escritor potente, atento a los matices, al color y la línea, al variado escenario de tipos populares, a los gozos y las sombras de un escenario que a veces lo entusiasma y otras lo desilusiona. Sin negar las bellezas españolas, sin evitar las costumbres que lo horrorizan y lo seducen, como las corridas de toros, Sarmiento confirma en su recorrido su diagnóstico previo sobre el origen de los males políticos hispanoamericanos. Su conclusión es lapidaria: “Opino porque se colonice la España” (166) cada vez más despoblada porque la sufrida población emigra. En Francia, bajo la engañosa Restauración de Luis Felipe, ve más pobreza, más degradación y mucha más corrupción parlamentaria de la que había sospechado, así como una agitación social e

ideológica que amenaza desembocar en un grave conflicto (como ocurrirá poco después, con la Revolución de 1848). En Inglaterra no se le escapa la miseria popular, correlato de la Revolución Industrial. En África, aunque no toma a mal vestirse con albornoz, y recuerda a los maternos antepasados moros (los Albarracines), encuentra básicamente, fanatismo y barbarie, incapacidad de progreso. Su gran deslumbramiento son los Estados Unidos de Norteamérica, donde ve realizados en lo institucional y en lo material los ideales de una república federal y democrática. Los vicios que también constata (avaricia, fraude, justicia por mano propia, esclavitud), le parecen menores y en cierto modo transitorios, al lado de las extraordinarias realizaciones que lo llevan a predecir un papel protagónico en el escenario mundial para esta joven nación que la Argentina, según su criterio, debiera tomar por modelo motivador.

Esteban Echeverría, por su parte, llega a París el 6 de marzo de 1826 y regresa a Buenos Aires el 28 de junio de 1830. Permanece en Francia durante su estadía, salvo por un mes y medio en Inglaterra (Londres) en 1829. Asiste a las cátedras del Colegio de Francia y de la Sorbonne. Se empapa de la nueva literatura romántica (la francesa, la alemana en traducciones de Goethe y de Schiller, la obra de Lord Byron), así como de las últimas corrientes filosóficas y políticas. También perfecciona en la capital francesa sus conocimientos de intérprete de guitarra, práctica en la que sería especialmente apreciado como concertista y hasta como payador. Con los liberales románticos (Víctor Hugo a la cabeza), toma partido por las nuevas ideas frente a la monarquía absolutista y represora de la Restauración. La influencia de este viaje formativo en su visión política es decisiva. Según Félix Weinberg, el más importante estudioso de su vida y su obra, dista mucho de ser exacta la extendida creencia de que

el futuro autor de *La Cautiva* sólo se interesaría años más tarde por estas cuestiones: “Ahora comprendemos –dice– que la política era un bien que trajo de Francia y que la ejerció desde el vamos.” (WEINBERG 2006, 23)

Europa le aportó a Echeverría, por un lado, ideas innovadoras y liberadoras, pero también la constatación de que estas ideas estaban aún lejos de aplicarse en la sociedad autoritaria que conoció allí. Por otra parte, es justamente el mismo impulso del Romanticismo lo que lo motiva a buscar una fuente de inspiración en el paisaje y el entorno social autóctonos. Echeverría se propone con toda conciencia y deliberación esta meta. Apunta ya en el tomo de versos *Los consuelos* (1834) –el primero de nuestra literatura-- que la poesía debe aparecer “revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres...”. Tal propósito se concretaría en las *Rimas* (1837), en particular en el más famoso poema publicado bajo este título: *La cautiva*. El autor señala expresamente en su “Advertencia” preliminar: “El Desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner nuestro conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional”. Ése es en efecto el logro y el aporte de este poema, que sabe proyectar seres y objetos del paisaje pampeano sobre un fondo difuso e infinito: ese vacío aterrador y fascinante del que habla Sarmiento en el *Facundo*, como privilegiado escenario sobre el que se despliega la imaginación poética.

El Echeverría ideólogo, el autor del *Dogma Socialista* y de la *Ojeada retrospectiva*, mucho le debe, ciertamente, a las concepciones europeas. Se han

señalado, por lo demás, asociaciones políticas secretas como los *Carbonari* y otras, en tanto modelos de la Asociación de Mayo. Las ideas de Mazzini, de Saint-Simon, de Leroux, de Fourier, del socialismo utópico, en suma, son fundamentales en la constitución de su pensamiento. Critica duramente la desigualdad social y apela por los derechos del proletariado que vio vulnerados por los gobiernos aristocráticos. Esto no le impide manifestarse en contra del sufragio universal irrestricto, desde el momento en que (precisamente por estos desniveles) no considera preparadas para ejercerlo a las masas populares que no han podido acceder a una adecuada educación. El papel de una élite intelectual progresista y avanzada se le aparece como absolutamente imprescindible para impulsar al pueblo hacia una creciente toma de conciencia de sus deberes y derechos que permita el pleno ejercicio democrático de todos los naturales convertidos en ciudadanos. Estas ideas se subordinan a un objetivo primordial: la construcción de una nación soberana, con fisonomía propia, sobre las bases de las “tradiciones progresivas” (hoy diríamos “progresistas”) de la Revolución de Mayo, la “emancipación del espíritu americano” y la superación de las antinomias estériles provocada por la lucha entre unitarios y federales.

Pero la obra de Esteban Echeverría que dejará más larga y honda huella en el imaginario y en la literatura nacional es, sin embargo, *El Matadero*, primer cuento argentino (de publicación póstuma) donde estas antinomias se tensan al máximo sin resolverse, en una escena fundadora que marca el paroxismo de la violencia colectiva. Tanto la de los animalizados exponentes de las clases bajas adictas a Rosas como la del ilustrado unitario que también los odia y desprecia y prefiere morir (literalmente) de rabia antes que ser vejado por sus captores.

Hablar de Echeverría es hablar de Juan María Gutiérrez, su entrañable amigo, quien no sólo rescató y publicó por primera vez *El Matadero*, sino también las obras completas del que todos consideraron como maestro de su generación. Si Echeverría es “el” poeta del ‘37 por antonomasia, Gutiérrez a su vez es “el filólogo”, “el crítico” literario. Doctor en jurisprudencia, formado asimismo como ingeniero y agrimensor, aplicó la mayor parte de sus energías a las letras, la prensa y la educación (área en la que se destacó, particularmente, como Rector de la Universidad de Buenos Aires). Vivió, cuando emigrado, en la Banda Oriental, en Chile y en Brasil. Visitó a Europa en 1843 junto con su otro gran amigo y compañero de la Asociación de Mayo, Juan Bautista Alberdi, pero sus apuntes de viaje lamentablemente no se conservaron, y sólo queda alguna referencia en una carta dirigida a su hermana Ramona Constanca (1844).

La obra histórico-filológica de Gutiérrez fue ingente y variada. Se interesó no sólo por los escritores argentinos sino por Hispanoamérica en general, en todas sus manifestaciones intelectuales y artísticas, incluyendo a los pueblos indígenas, a los que su experiencia cosmopolita de viajero letrado no le impidió estudiar. Entre otros textos, se le debe el ensayo *De la poesía y elocuencia de las tribus de América*. Lejos de juzgar inferiores las lenguas originarias, Gutiérrez las aprecia en todo su valor de bienes culturales. Incluso cuando se refiere a los araucanos, contra cuyos descendientes mapuches y ranqueles la sociedad argentina de su tiempo no había dejado de combatir. Así, señala que cuando los conquistadores llegan a Chile encuentran “un idioma perfectamente apto para representar las ideas, los afectos, las necesidades que más caracterizan al hombre como ser inteligente y sensible. Los araucanos —concluye—tenían el sentimiento de la belleza y de la perfección del idioma

patrio y lo cultivaban con esmero”. A las loas de la lengua se unen las críticas a la barbarie de la conquista por parte de europeos presuntamente civilizados, como causa profunda de la hostilidad permanente entre ambos pueblos.

No menos celoso que los araucanos de una identidad prioritariamente expresada y construida en y por la lengua se mostró Gutiérrez, aunque en su caso lo identitario pasaba por el cruce y la mezcla. En 1876 se dio el lujo de rechazar el diploma de miembro de la Real Academia Española. Las razones en las que fundamentó su declinación de tal honor son elocuentes y lúcidas. Los argentinos, argumenta, no pueden velar por la pureza de la lengua castellana como si fueran españoles de Castilla. Lejos de ello, se han emancipado de España y –abiertos a las múltiples migraciones no sólo de otros pueblos ibéricos como el catalán o el gallego, sino de toda Europa— son verdaderos mestizos culturales. Ese mestizaje, lejos de ser “contaminante” resulta fecundo y moviliza “el pensamiento libre”, arguye el polemista. “El pensamiento –dice-- se abre por su propia fuerza el cauce por donde ha de correr, y esta fuerza es la salvaguardia verdadera y única de las lenguas, las cuales no se ductilizan y perfeccionan por obra de gramáticos, sino por obra de los pensadores que de ellas se sirven.” La sujeción a la lengua del otro (del otro que fue antiguo amo), concluye Gutiérrez, puede convertirse en peligrosa sujeción política, sometiendo al académico americano a las opiniones, también conservadoras, que profesan sus pares de la Península. Anticipándose al Borges de “El escritor argentino y la tradición”, este miembro de la Asociación de Mayo que fue definido como “el más acabado crítico-historiador de la literatura hispanoamericana de su época” (GUTIÉRREZ, xxxi), reclama para los hispanoamericanos y los argentinos en particular, nada menos que el patrimonio entero de la tradición universal.

Juan Bautista Alberdi acompañó a Gutiérrez en su periplo europeo de 1843. No fue para ninguno de los dos un viaje oficial, en comisión de servicio, como el de Sarmiento, sino un emprendimiento personal. Alberdi, abogado en ejercicio de la profesión, tenía particular interés en estudiar el desenvolvimiento de la jurisprudencia en los estados sardos, pero visita, además de Italia, Francia y Suiza. Félix Weinberg destaca en sus impresiones de viajero una curiosidad creciente por las instituciones y los logros educativos prácticos, antes que por las ideologías revolucionarias (como la de Mazzini), que antes lo habían entusiasmado. Ve en Italia y en España los puntos de referencia a los que habría que atender por razones de empatía cultural. París, donde viviría largos años y en cuyas afueras habría de morir, no lo impresiona gran cosa. Años más tarde, en la *Carta sobre los estudios convenientes para formar un abogado* (1850) desestimaré el aporte posible del derecho político francés. Sus apuntes finales europeos marcan una decepción notable: “Ahora que he conocido estos países de infierno, estos pueblos de egoísmo, de insensibilidad, de vicio dorado y de prostitución titulada..., entiendo que damos más valor a la Europa que el que merece.” (O.S. III, 228, WEINBERG, en *Viajes...* de Sarmiento, p. 1015).

Alberdi, que ansiaba desesperadamente volver a América y a su patria, y que así lo manifiesta en sus anotaciones, sin embargo se hallaba destinado a ser, como lo llamó su biógrafo García Hamilton, el “ausente” por excelencia. Aunque creador de las *Bases* que darían sustento y fundamento a la Constitución Argentina, fue políticamente incorrecto para muchos de sus contemporáneos. Predominó en él la reflexión sobre el espíritu de partido, la tensión paradójica de los opuestos sobre la receta fácil que proclamaba la aniquilación lisa y llana de uno de los elementos en pugna. Al contrario de otros compañeros de generación pudo valorar (al principio y al

fin de su vida intelectual) aspectos positivos en la gestión de Rosas; se opuso tenazmente a la Guerra de la Triple Alianza y fue autor de una obra fundamental, *El crimen de la guerra*, aunque tuvo que cargar con el anatema de “traidor a la patria”. Apreció el legado cultural y técnico europeo; tanto es así que recomendó fervorosamente la inmigración de este origen, privilegiándola por sobre la población nativa mestiza y aborígen y por sobre otras posibles corrientes inmigratorias, y acuñó una frase que desataría polémicas: “la civilización prende de gajo”. Eso no le impidió señalar que la plebe embrutecida, hambreada, sin educación, de la culta Europa, sería una pésima población para la nueva Argentina. Naturalmente, fueron sobre todo esas masas las que llegaron al Río de la Plata, apremiadas por la necesidad y por su propio afán de progreso. Para este caso, Alberdi preveía, no obstante, un paliativo: la acción regeneradora y estimulante del propio suelo, que ofrecería a los hombres de todos los orígenes mejores condiciones de vida para el desarrollo, dice, de los “buenos instintos naturales”.

Preocupado por la soberanía nacional, era menos optimista que Sarmiento en cuanto a la influencia positiva de los Estados Unidos de América del Norte, un país al que también vio en su faz imperialista, no sólo como modelo de ejercicio de las libertades y de progreso industrial. Propició, por otra parte, la unidad —basada en el común origen, en las afinidades culturales y en los intereses económicos— de todos los pueblos hispanoamericanos.

En lo íntimo, la nostalgia por una tierra de la que las circunstancias políticas y sus mismas posturas intelectuales se empeñarían en alejarlo, lo aquejaría siempre.

Lucio V. Mansilla (*Retratos y recuerdos*) que lo conoció en París, lo describió como un

hombre muy menudo y triste, que vivía, como de paso, en una casa amueblada de dos cuartos, modestísima, "más parecida a un hotel que a una casa de huéspedes".

**Conclusiones.** Con sus coincidencias y sus disparidades, puede decirse que estos miembros de la Generación del '37 compartieron sin duda un ideario político fuertemente constructivo. Gestar en las ideas y concretar en la práctica una nación soberana, republicana y democrática fue un objetivo común, al margen de algunas idas y vueltas (como las que en algún período llevan a Alberdi a reconsiderar la posibilidad de un sistema monárquico). El alcance de lo que entienden por "democracia" es, con todo, matizado y restringido. En general, todos ellos concordaban en que una democracia plena sólo podría lograrse con la orientación de una élite política letrada que arbitrara los medios para convertir a las masas populares en una ciudadanía instruida y conciente de sus deberes y derechos. De ahí los reparos que en un momento u otro Echeverría, Sarmiento o Alberdi mantuvieron hacia un inmediato sufragio universal. En todos ellos los viajes voluntarios de exploración y conocimiento, o los impuestos por las circunstancias del exilio, fueron un método eficaz para acopiar información, verse (por afinidades y contrastes) en el espejo de otras naciones, y redefinir así los propios rasgos. En todos, también, constituyó un desiderátum el *retorno creativo* para aplicar lo aprendido en una nación que no debía reducirse a ser una imitación servil de otros modelos, sino plasmarse con caracteres específicos. Cuáles eran esos caracteres, a qué tradiciones debía plegarse el país para descubrir y diseñar mejor su rostro genuino, no fue objeto de consenso tan unánime (de ahí los ásperos debates entre Alberdi y Sarmiento, por ejemplo). Pero en estos cuatro escritores y pensadores florece, sin lugar a dudas, la herencia del pensamiento de

Mayo que busca para la recién nacida nación argentina un lugar inequívoco en el mundo.

### **BIBLIOGRAFÍA BÁSICA**

ALBERDI, J. B. *Obras selectas*. Buenos Aires: Librería de la Facultad, 1920.

----. *El pensamiento de Juan Bautista Alberdi*. Buenos Aires: El Ateneo, 2010. Prólogo de María Rosa Lojo. Colección Claves del Bicentenario. Ricardo de Titto dir.

ECHVERRÍA, Esteban. *Dogma socialista de la Asociación de Mayo. Precedido de una Ojeada Retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1988.

----. *La cautiva. El matadero*. Edición de Ángel J. Battistessa. Buenos Aires: Peuser, 1958.

----. *El pensamiento de Esteban Echeverría*. Buenos Aires: El Ateneo, 2010. Prólogo de Klaus Gallo. Colección Claves del Bicentenario. Ricardo de Titto dir.

GARCÍA HAMILTON, José Ignacio. *Vida de un ausente. La novelesca biografía del talentoso seductor Juan Bautista Alberdi*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997 (1ª ed. 1993).

GUTIÉRREZ, J. M. *De la poesía y elocuencia de las tribus de América*. Edición y Prólogo de Juan G. Gómez García. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2007.

LOJO, M. R. *La "barbarie" en la narrativa argentina (siglo XIX)*. Buenos Aires: Corregidor, 1994.

MANSILLA, L.V. *Retratos y recuerdos*. Buenos Aires: Jackson, 1944.

SARMIENTO, D. F. *Viajes por Europa, África y América 1845-1847*. Edición crítica coordinada por Javier Fernández. Buenos Aires: Colección Archivos/FCE, 1993.

WEINBERG, F. *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sastre – J.B. Alberdi – J.M. Gutiérrez – E. Echeverría*. Buenos Aires: Hachette, 1977 (1ª ed. 1958).

----. *Esteban Echeverría. Ideólogo de la Segunda Revolución*. Buenos Aires: Taurus, 2006.